

Ein Lichtspiel

Caminé muchas veces desde el cerro Castillo a la Escuela en Recreo, porque vivía con mis abuelos en la calle Libertad con República. Esa tarde, como tantas otras, bajé por Álamos hacia el Reloj de Flores, después pasé Caleta Abarca y seguí por Avenida España hasta cruzar la pasarela que lleva a Diego Portales. Creo que ya se hacía de noche, subí por Amunátegui y bajé por Matta con cierta candidez ceremonial, en el Patio de la Palmera retozaban gozosas las almas jóvenes del ser universitario, *velis nolis* («quieras o no»).

Era el día del Seminario del Ámbito y Claudio Girola expondría el trabajo del artista húngaro László Moholy-Nagy, junto a algunas de sus obras audiovisuales. No recuerdo bien si algún sonido acompañaba la proyección, no importaba. Había luces y sombras de objetos que no podía reconocer, y formas fragmentadas y arbitrarias animaban el tiempo en un movimiento fotoplástico que dejó mi retina grabada con una imagen desplazada de cualquier representación: ahí no había nada representado. Hasta la abstracción más radical me pareció naturaleza muerta al lado de esta determinación sobre el objeto, que resultaba todavía más natural en su modo de aparecer y desenvolverse; había ahí una abertura. Hasta hoy recuerdo atónito esas imágenes que invadían con inocencia mi mirada sin heridas: había sido tocado.

Después de muchos años asistí a la exposición *El arte de la luz*, de Moholy-Nagy en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Junto a sus obras plásticas se presentaban también algunas de sus películas y, entre ellas, el corto que habíamos visto por primera vez aquella tarde, *Juego de luces negro, blanco, gris*: el efecto en mí no había cambiado. Pude ver además el registro que realizó en el *Congreso de Arquitectos*, de 1933, filmado a bordo del *Patris II*, durante el viaje

entre Marsella y Atenas celebrando el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, del cual se desprendió la «Carta de Atenas», manifiesto que tuvo un gran impacto en las definiciones de la arquitectura moderna; por consiguiente, me imagino, en aquellos arquitectos jóvenes que luego vendrían a Valparaíso a formar la nueva Escuela.

El arte de Moholy-Nagy es más concreto que moderno, aunque siguió a la arquitectura con una mirada comprometida con su quehacer. Claudio también era concreto, múltiple con los significados y un férreo promotor de la transgresión en las artes. Nos podría haber mostrado otros trabajos del húngaro, pero eligió esa obra de 1930, *Ein Lichtspiel Schwarz-Weiss-Grau*, que sesenta años más tarde, en **1990**, logró ruborizarme: había pasado tanto tiempo y yo era solo un joven aprendiz que no había visto nada. Desde entonces tuve algo.

Manuel Sanfuentes Vio